

CRÍTICA

MARY BEARD

**CLÁSICOS SIN
FILTROS**

EL IMPACTO DEL
MUNDO ANTIGUO



VISITA DE LA AUTORA A MADRID

A LA VENTA EL 3 DE JUNIO

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Erica Aspás (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980 / easpas@planeta.es

SINOPSIS

La clasicista más reconocida del mundo reflexiona sobre por qué los clásicos siguen importando

¿Qué tiene de emocionante un trozo de pan de hace 4.000 años? ¿O unas vasijas de pintura abandonadas durante la erupción de Pompeya? ¿Por qué deberíamos interesarnos por un pasado tan remoto? ¿Qué puede decirnos hoy?

La vida, el arte y la literatura de la antigua Grecia y Roma no son un santuario intocable ni un club reservado a una minoría ilustrada. Tampoco son una colección de estatuas inmaculadas destinadas a la veneración. Son un territorio incómodo y fascinante a la vez. Nos obligan a cuestionar nuestras certezas, a enfrentarnos a la violencia y las contradicciones del mundo antiguo, y a mirar con otros ojos el presente.

En *Clásicos sin filtros* Mary Beard desmonta los tópicos sobre la Antigüedad y nos invita a contemplarla sin solemnidad ni nostalgia. Recorre las conexiones —a veces sorprendentes, a veces inquietantes— entre Grecia y Roma y nuestro tiempo: desde revolucionarios hasta dictadores, de los debates sobre democracia a la cultura pop, de Bob Dylan a Beyoncé. Los clásicos no son reliquias muertas, sino un legado en disputa que sigue moldeando nuestra imaginación política y cultural.

Tras más de medio siglo enseñando y estudiando el mundo clásico, Beard combina erudición, ironía y una curiosidad inagotable para recordarnos algo esencial: el pasado no está ahí para que lo veneremos, sino para que lo interroguemos. Y, al hacerlo, acabamos cuestionándonos también a nosotros mismos.

LA AUTORA

Mary Beard es catedrática de Clásicas en el Newnham College, Cambridge. Es editora en *The Times Literary Supplement* y autora del blog «A Don's Life». Es miembro de la Academia Británica y de la Academia Americana de Artes y Ciencias. Entre sus libros publicados se incluye *El triunfo romano* (2008); *Pompeya* (2009), ganador del Premio Wolfson; *La herencia viva de los clásicos* (2013); *SPQR. Una historia de la antigua Roma* (2016); *Mujeres y poder* (2018); *La civilización en la mirada* (2019), *Doce césares* (2021), *Emperador de Roma* (2023), *El Coliseo* (2024) y *El Partenón* (2025), todos ellos publicados en Crítica. Fue galardonada con el premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales en 2016.



ALGUNOS EXTRACTOS

A LOS LECTORES DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

«Los estudios clásicos tienen un alcance internacional. A lo largo de los últimos cincuenta años, he obtenido mucho provecho de las colaboraciones en los estudios clásicos fuera del Reino Unido. [...] En España experimenté algunos de los momentos más inspiradores, con colegas generosos y motivadores, y donde tuve encuentros muy gratificantes con cientos de alumnos de secundaria que estudiaban el mundo antiguo.»

«Algunos de los temas y preguntas que planteo en este libro están casi en todas partes. ¿Hasta qué punto se asocian los clásicos con la política de la extrema derecha? En España, la herencia de Franco añade a esta cuestión un matiz adicional, pero su relevancia es mucho más general. ¿Se enfrenta esta disciplina a una crisis en el currículum de secundaria y en la universidad? A pesar de la calurosa acogida que me ha dispensado vuestro país, el latín ha tenido que luchar por conservar su posición.»

«*Clásicos sin filtros* tiene inevitablemente un sabor británico. ¿Cómo no? Pero he visto que las distintas variedades de estudios clásicos han enriquecido mi visión de la materia. En Cambridge aprendí muchísimo enseñando a estudiantes de toda Europa que venían con conceptos ligeramente diferentes sobre lo que era el mundo antiguo y lo que podían obtener de su estudio. Sus diversas tradiciones me abrieron los ojos.»

INTRODUCCIÓN

«Una gran pregunta ha inspirado este libro: ¿para qué sirven los clásicos antiguos? O, dicho de otro modo, ¿por qué debería preocuparnos lo que hacía la gente hace dos mil años o más: ¿qué crearon, qué escribieron y qué pensaron? ¿Qué sentido tiene todo esto para nosotros ahora?»

«El mensaje subyacente es que puede obtenerse más de los clásicos si uno los venera menos. Asombro, sorpresa, placer, perplejidad e incluso repulsión, sí. Veneración y gratitud, no.»

«El mundo al que hago referencia en *Clásicos sin filtros* es el de los griegos y romanos antiguos y el de sus vecinos alrededor del Mediterráneo y más allá, entre los siglos VIII a. e. c. y V e. c. aproximadamente. [...] Sin embargo, todo eso tiene un alcance aún mucho más amplio, que ha dejado huella a lo largo de todos y cada uno de los siglos hasta el siglo XXI. Durante dos milenios, los clásicos han sido constantemente reinterpretados, a menudo de manera contradictoria, pero nunca olvidados ni desterrados.»

«Hay también muchas cosas del mundo clásico que condeno. Para empezar, no hay gafas pintadas de color de rosa que puedan ocultar la esclavitud ni la misoginia ni la casi inimaginable violencia, desde los campos de batalla hasta los criminales juegos en el anfiteatro.»

«Para decirlo de forma algo distinta, este libro es en parte una respuesta a las muchas personas que me dicen: «Has pasado tanto tiempo de tu vida con ellos que sin duda debes de querer mucho a los griegos y a los romanos». La respuesta es rotundamente «no». [...] Los estudio porque a veces son un placer, a menudo desestabilizadores y con frecuencia sorprendentes, pero sobre todo invariablemente reveladores e interesantes (incluidos los acueductos). Los estudios clásicos cambian tu forma de ver el pasado remoto. No solo eso: te instan a replantearte el presente.»

«Dos mil años después, continuamos viviendo bajo el signo de los gobernantes romanos y midiendo nuestros días conforme a lo que ellos establecieron. El hecho de no sentirnos fascinados por todo esto revelaría, como poco, una extraña falta de curiosidad.»

«También es cierto que la «civilización occidental» (se defina como se defina) no puede comprenderse correctamente si se ignora el judaísmo, el islam, el cristianismo medieval y mucho más, y se la intenta conectar directamente con la Atenas y la Roma clásicas. No se obtiene beneficio alguno pretendiendo que Grecia y Roma son los únicos referentes o la única «fuente» de cultura.»

«En el resto de *Clásicos sin filtros* abordaré estos temas y otros. Por ejemplo, ¿quién «posee» el pasado? ¿Cómo lo juzgamos? ¿Cómo conciliamos la obligación de tratar de comprender el pasado en sus propios términos con la otra obligación de intentar conservar nuestro propio sentido de la moralidad en este proceso? ¿Cómo valoro mi propia vida como mujer en el ámbito de los estudios clásicos, con sus descontentos y también con sus emociones? ¿Por qué elegir el estudio de esta disciplina en el instituto, en la facultad o universidad?»

1. UNA SENSACIÓN DE ASOMBRO

Un trozo de pan

«El pan en cuestión tiene casi cuatro mil años. Fue descubierto a comienzos del siglo XX en unas excavaciones cerca de la moderna ciudad de Luxor y fue entregado al Museo Británico, donde todavía se exhibe (y hay piezas similares en museos de Egipto, de los Estados Unidos y de otros lugares). [...] Fue el inesperado plato fuerte de mi primera visita a Londres en 1960, cuando mi madre decidió que ya era lo suficientemente mayor para sacarme del pueblo en el que vivíamos, en el límite entre Inglaterra y Gales, y visitar algunos de los lugares de interés de la capital.»

«A comienzos de la década de 1960, los museos no eran tan agradables para los niños como lo son ahora, y la mayoría de las vitrinas eran demasiado altas para contemplar su contenido siendo pequeña. De modo que cuando mi madre descubrió este pan egipcio antiguo, le pedí que me aupase para verlo más de cerca, pero estaba al fondo de la vitrina. [...] En aquel instante pasó un hombre, se percató de nuestro apuro y preguntó qué era exactamente lo que trataba de ver. «Aquel trozo de pan», chillé, ya un poco desesperada. Debía de ser un conservador, porque hurgó en su bolsillo, extrajo un manojo de llaves, abrió la vitrina, sacó el pan y lo sostuvo frente a mí, a unos cinco centímetros de mi nariz. Nunca subestiméis lo poderoso que puede ser el simple acto de abrir la vitrina de un museo.»

«Para mí fue la maravilla de lo cotidiano, el sentirme increíblemente cerca de la gente que vivió miles de años atrás, lo que espoleó mi emoción por el pasado remoto. Aquello apuntaló para siempre mi vida como clasicista (palabra habitualmente aplicada desde el siglo XIX a aquellos que estudian a los antiguos griegos y romanos).»

«No creo que hoy pudiera reflexionar sobre los conflictos de género de la manera en que lo hago si no me hubieran alentado (y en secundaria, en ocasiones, forzado) a pensar detenidamente acerca de la figura de Medea en la obra de Eurípides, que asesinó a sus propios hijos para vengarse de su infiel y despreciable marido, o sobre la Dido de Virgilio en la *Eneida*, que se quitó la vida al verse abandonada por su amante Eneas cuando este se negó a permitir que su pasión lo desviase de la llamada del «deber». Y hace décadas, fue una sorpresa inolvidable descubrir que algunas de las críticas más feroces del imperialismo (romano) fueron escritas por los propios romanos.»

««El *thauma* hizo que la gente se embarcara en el pensamiento filosófico por primera vez», insistía Aristóteles. Para él, el asombro no era algo que se interpusiera en el camino del pensamiento profundo (aunque algunos autores antiguos y modernos sostienen este punto de vista), sino que era casi una condición previa a él.»

Rastreado lo cotidiano

«Uno de los lugares en los que se puede experimentar de manera más intensa el *thauma* de lo cotidiano es en Pompeya y en la vecina ciudad de Herculano, también destruida por la erupción del Vesubio en el año 79 e. c. [...] Dicho esto, en estas ciudades es donde podemos vislumbrar con más facilidad a los hombres y las mujeres del pasado lejano en situaciones inesperadas, no siempre en su mejor momento (a veces literalmente con los pantalones bajados), en su cotidianidad más impresionante, asombrosa y conmovedora.»

«Si queremos comprender el mundo antiguo, hemos de pensar tanto en la élite como en el pueblo llano, en cómo eligieron presentarse a sí mismos en el arte y la literatura y en el poder y la política, que son la columna vertebral de la mayoría de las narraciones históricas tradicionales.»

Un bar en Pompeya

«En Pompeya hay una construcción muy corriente que nunca deja de emocionarme, a pesar de que desde fuera no parece gran cosa. Cada vez que visito el lugar, me las arreglo para pasar por allí. Está situada en la esquina de una calle del centro de la ciudad y se la conoce como la «Taberna de Salvio» [...] La planta es la típica de los más de cien bares, tabernas y locales de comida rápida de la ciudad. Las puertas se abren a la calle y dan directamente a una sala diseñada para un servicio rápido de comida para llevar, con grandes contenedores de cerámica para vino,



que todavía están apoyados contra la pared, y otros más pequeños encastrados en un mostrador de mampostería para contener la comida [...] Lo que tiene de tan especial la Taberna de Salvio es que todavía podemos atisbar, a través de nuestra mirada contemporánea, lo que sucedía allí hace dos mil años, y casi escuchar furtivamente las bromas del personal y de los clientes, porque frente al mostrador de la sala principal había una memorable pintura de la vida en la taberna, similar a una viñeta de tamaño gigante, con bocadillos que contenían las palabras de los personajes.»

«Es una imagen de la colorida vida en una taberna romana pintada en la pared y completada con una banda sonora en latín callejero y escritura callejera, que sería difícil de reconocer a partir del latín «correcto» que actualmente se enseña a los estudiantes. Quizás pretendía ser una advertencia, o un chiste, o probablemente un poco de ambas cosas, pero sin duda era un espejo para que los clientes de la taberna se contemplasen a sí mismos. Gracias a la tragedia de la erupción, podemos husmear y ponernos en su lugar. Casi nos estamos viendo a nosotros mismos en el espejo sin que los años que nos separan cuenten para nada. Es como si pudiéramos excluir el aquí y el ahora y, milagrosamente, sentir cómo era estar allí en aquel momento.»

¿Salvando las distancias?

«¿Hasta qué punto podemos llegar a conocer a las personas del pasado lejano? Podemos mecer sus cunas, disfrutar con sus groseros grafitos o, dejando de lado por un momento lo cotidiano, leer las cavilaciones nocturnas del emperador Marco Aurelio, sus *Meditaciones*. Y, sin embargo, hay una lista casi interminable de las maneras en que eran al mismo tiempo completamente extraños, a veces casi incomprensibles.»

«Para empezar, vivían bajo el influjo de fuerzas totalmente diferentes de las que nosotros comprendemos y estaban regidos por supuestos completamente distintos sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, lo posible y lo imposible, lo cierto y lo incierto. No se trata solo de las grandes estructuras ni del panorama general de las cosas: las jerarquías opresivas de la esclavitud y del género, por ejemplo, y de los supuestos (para nosotros) extraños sobre la geografía y la forma del planeta o de la trayectoria del sol y las estrellas, por más importantes que sean. Se trata más bien de las ideas cotidianas acerca del cuerpo, del yo y de la familia, y de cuestiones tan básicas como «¿Quién soy yo?».

«Y no se puede tener una conversación con el pasado clásico si uno no se permite participar en esta conversación. ¿Está realmente fuera de los límites expresar juicios éticos acerca de los sanguinarios juegos de gladiadores, de las horripilantes crucifixiones o de la esclavización en masa? La cuestión es tratar de entender y evaluar la antigüedad tanto desde la perspectiva de los antiguos como desde la de los modernos. Pero ¿cómo se equilibran exactamente las dos?»

«[...] ¿cómo nos verán dentro de dos mil años? ¿Cómo nos juzgarán en el futuro, cuando seamos pasado? ¿En qué nos malinterpretarán? En otras palabras, la historia antigua arroja una luz inquietante sobre el aquí y el ahora y nos pide que afrontemos el juicio que el futuro emitirá sobre nosotros.»

¿Por qué Grecia y Roma?

«La emoción y la casi imposible perplejidad de intentar imaginar el mundo y sus habitantes de hace dos mil años es la misma liga, para mí, que intentar vislumbrar la infinitud del espacio o lo que podríamos encontrar en la superficie del planeta Marte.»

«Pero también está el hecho de que el arte, la literatura, la filosofía, los debates políticos y restos materiales del mundo clásico han sido durante más de dos milenios una parte fundamental de la agenda cultural en Occidente y, en menor medida, fuera de él.»

«Dicho de otro modo, el simple hecho de que los griegos y los romanos lleven tanto tiempo entre nosotros es en sí importante. No los acabamos de descubrir o de excavar. Evidentemente, ha habido toda clase de redescubrimientos espectaculares: las ciudades enterradas de Pompeya y Herculano; los poemas de Safo escritos en papiros egipcios, sin ser leídos durante dos milenios; copias de una colección entera de cartas del antiguo político romano Cicerón (informes casi diarios de la vida en el siglo I a. e. c.) desenterradas por el erudito humanista Petrarca en la biblioteca de la catedral de Verona en 1345; y mucho más. El hecho de ignorar lo que podríamos encontrar a continuación es uno de los placeres que nos proporcionan los clásicos. No obstante, los griegos y los romanos nunca se han marchado del todo, ya que siempre los hemos estado reutilizando, reconvirtiendo y reinterpretando.»

2.¿CÓMO SER MODERNO?

Afrodita y “El impacto del mundo antiguo”

«A mediados del siglo IV a. e. c., el escultor griego Praxíteles creó una estatua de mármol de Afrodita, la diosa del amor, que se convirtió en uno de los mayores atractivos turísticos de la antigüedad, en la ciudad de Cnido, en la costa de la actual Turquía. La estatua original no se ha conservado [...]. No obstante, gracias a la supervivencia de docenas de copias antiguas de tamaño natural, así como de cientos de imágenes en miniatura en monedas y pequeñas reproducciones a guisa de recuerdo, no ha sido difícil reconstruirla.»

«Según los propios autores griegos y romanos, la estatua de Praxíteles era todo menos insignificante. Era una de las obras de escultura más radicales y desconcertantes que jamás se hubiera esculpido. Mientras que durante siglos se habían exhibido estatuas desnudas de hombres (y dioses), aquella era la primera estatua desnuda de una mujer (o diosa) de tamaño natural. Uno tiene que ser siempre cauto con estas afirmaciones de «la primera vez». Después de todo, había habido muchas imágenes de mujeres desnudas pintadas en dos dimensiones en cerámicas atenienses anteriores, y también muchas figurillas. Sin embargo, las historias que se cuentan de esta Afrodita hacen hincapié en la sorprendente novedad de una mujer desnuda, por lo menos de este tamaño.»

«Cuando uno se aleja de la familiaridad superficial de esta estatua, y no necesita saber casi nada de ella, o sobre el mundo antiguo, para reconocerla como un estereotipo de «lo clásico», surgen una serie de preguntas. ¿Qué demonios había detrás de este cambio

radical en la representación del cuerpo femenino, o de algunos cuerpos femeninos, que pasó de estar vestido a estar desnudo?»

«¿Y el hecho de que sea una diosa, y no una mujer mortal, convierte nuestra mirada lujuriosa en una especie de sacrilegio? Varios poetas antiguos que reaccionaron ante esta escultura con la voz de la propia diosa se preguntaron cómo consiguió Praxíteles verla desnuda. Adoptando una perspectiva más amplia, ¿cómo se relaciona esto con los debates acerca del cuerpo femenino como objeto de la mirada masculina en el arte occidental desde el Renacimiento? ¿Es en la antigüedad donde empiezan estas preocupaciones (con la historia de un hombre practicando sexo con una estatua) o acaso estamos proyectando nuestras propias inquietudes hacia los antiguos? Un poco de ambas cosas, diría.»

Más preguntas que respuestas

«Debate, desacuerdos y cuestionamiento son lo que los clásicos ofrecen, ninguna certeza, verdad ni relevancia de la manera en que a la gente a menudo le gusta imaginar. Es estéril pretender que los griegos y los romanos ofrecen una guía útil para vivir hoy en día. Las *Meditaciones* del emperador Marco Aurelio puede que sean un éxito de ventas entre los modernos manuales de autoayuda. Pero cualquiera que trate de tomárselo en serio como guía de habilidades para la vida (y aún menos para el empleo) terminará o bien decepcionado o bien descarrilado.»

«No deja de ser una especie de cliché (que se remonta a la antigüedad) el asegurar que las preguntas son más importantes que las respuestas. Pero tanto si es un cliché como si no, lo que confiere «relevancia» a los grandes de la literatura y cultura antiguas no son las soluciones que podríamos tratar de extraer de ellos. Son las preguntas que plantearon. No me refiero solo a las antiguas y grandes cuestiones filosóficas que, por más importantes que sean, pueden ahuyentarnos: ¿qué es la justicia?, ¿existe un alma?, ¿puede definirse la belleza? [...] Los griegos y los romanos eran tan susceptibles de dar con las respuestas equivocadas como cualquier otro (nadie aparte de un fanático totalitario querría vivir en el estado ideal descrito en la *República* de Platón). Pero sus preguntas siguen siendo las que nos preocupan y asombran.»

«De algún modo, aquellas preguntas siguen siendo nuestras por la sencilla razón, como insinuó Whitehead, de que en Occidente hemos adoptado muchas de ellas de los antiguos. Peor aún, puede que hayamos internalizado tanto aquella serie de preguntas que estamos ciegos ante preguntas muy diferentes y distintas formas de argumentación que hay en otras culturas, o no conseguimos tomárnoslas en serio. Lo mismo ocurre con la estética: el hoy asumido repertorio de las Venus ha establecido un estándar occidental para la representación del cuerpo femenino al que otras culturas simplemente «no logran» ajustarse.»

Entender *Antígona*

«No pretendo en absoluto privar a las mujeres del placer de una obra en la que pueden verse a sí mismas combatiendo contra el poder patriarcal (a pesar de que el desenlace sea la muerte). *Antígona*, la obra y el personaje, sin duda endureció mi alma hace medio siglo. Tampoco quiero verter desprecio sobre los modernos dramaturgos y activistas de

muchos lugares del mundo que la han adaptado para reflejar las luchas de los que pelean por la libertad contra el Estado opresivo.»

«Gradualmente fui prestando mucha más atención a Creonte. Después de todo, tiene un papel considerablemente más largo, si medimos el número de versos, que cualquier otro personaje, y es un «héroe trágico» de los pies a la cabeza. A medida que avanza la obra, se va convirtiendo cada vez más en un tirano de cartón, pero evidentemente no empieza así. Representa los intereses del estado («comunidad» sería un término más adecuado) restableciendo el orden tras las secuelas de una terrible guerra civil, cuando no está nada claro que las convicciones morales privadas o lealtades familiares, como las de Antígona, deban estar por encima de todas las demás.»

«*Antígona* sería una obra mucho más sencilla, y me temo que menos interesante, si fuera lo que una vez quise que fuera: la historia de la lucha de una mujer contra la opresión masculina. Pero ahora no veo este mensaje directo; al contrario, la obra dirige el foco, y las preguntas, de nuevo a la audiencia y al ciudadano corriente. No se nos pide que juzguemos quién tiene razón y quién está equivocado, y aún menos que disfrutemos del placer vicario y sin riesgos de imaginar que somos la «heroína» luchadora. Se nos plantea la pregunta más engañosa de cómo nos posicionamos en un estado polarizado entre semejantes extremos. ¿Qué efecto tiene el extremismo sobre nosotros? ¿Acaso puede haber algún espacio para el observador inocente y no involucrado?»

Preguntas incómodas sobre cosas incómodas

«Al mismo tiempo, la historiadora que hay en mí se ha sentido siempre intrigada acerca de lo que podemos decir del mundo del que provienen estos poemas y qué clase de sociedad reflejan. ¿Realmente vivía la gente tal como la vemos en la *Odisea*? Me he emocionado ante la irrupción de lo cotidiano en las grandes narraciones épicas, casi como con la risa contenida de Dion. De vez en cuando, en los poemas, algún acontecimiento de proporciones desmesuradas queda simultáneamente iluminado y reducido a su justo tamaño mediante una maravillosa comparación con lo cotidiano (los «símiles homéricos», como se los conoce).»

«Pero lo que sigue sorprendiéndome es el modo en que los poemas parecen más crueles de lo que correspondería a los valores que los sustentan. La *Ilíada*, como primer poema occidental de guerra (en realidad, el primer poema occidental sin más), ya se cuestiona la moralidad de la guerra. La *Odisea*, de la misma manera que siglos después se repite en la *Eneida*, cuestiona también de forma recurrente la conducta de su héroe. ¿Cómo se puede juzgar, por ejemplo, a un líder que consigue regresar con su familia, pero solo después de perder a todos sus hombres? ¿Qué clase de heroísmo es ese?»

«No pretendo con ello decir que se trate de literatura subversiva. Todo lo contrario. No hay ningún mensaje contracultural sistemático. No obstante, estos poemas ya se plantean preguntas incómodas sobre cosas incómodas y se niegan decididamente a dar por sentados sus propios valores culturales.»

¿El milagro griego?

«Una cosa es decir que todavía seguimos razonando con los antiguos y con sus preguntas y otra, que muchas de nuestras conversaciones culturales o políticas carecerían de sentido si tratásemos de erradicar las «cosas griegas». Esto, sin duda, es totalmente cierto (si no me creen, intenten visitar una galería de arte occidental). Pero de ahí a sugerir que las tradiciones culturales y políticas que muchos de nosotros apreciamos profundamente fueron de algún modo transmitidas desde la antigüedad y que deberíamos estar agradecidos, hay un largo trecho.»

«Imaginar que no hubo ningún otro ejemplo de este poder compartido en ningún otro sitio del mundo antes de que los ingeniosos griegos antiguos dieran con la idea y le pusieran nombre es, para expresarlo generosamente, un terrible caso de estrechez de miras.»

«A la mayoría de la gente le sorprende descubrir que la Atenas democrática del siglo V rechazaba ampliamente «las elecciones libres y justas», nuestra piedra angular del «poder del pueblo», y prefería elegir a sus líderes al azar, mediante sorteo, al parecer argumentando que las elecciones favorecían a la élite ilustrada y rica (bien entrenada en las habilidades persuasivas de la retórica o con suficiente dinero en efectivo para ser «generosos» con los votantes). Tenemos aquí un poderoso estímulo para reflexionar sobre las diferentes formas que pueden adoptar las «democracias», para cuestionar algunos de nuestros propios supuestos acerca de la «democracia» y para recordar lo conflictivo, controvertido y peligroso que puede ser el ideal del «poder del pueblo». Pero no hay ninguna conexión democrática directa entre nosotros y ellos, sobre todo a lo largo del intervalo de dos mil años repleto de gobernantes en solitario, señores feudales y dictaduras militares.»

3. ACIERTOS Y ERRORES

Hitler, Mussolini y yo

«En mayo de 1938, Adolf Hitler y su séquito visitaron Roma por invitación de Benito Mussolini, el dictador fascista de Italia. Mussolini fue uno de los muchos dictadores que invirtieron profusamente en el pasado clásico creando su propia imagen de forma explícita a semejanza de los gobernantes de la antigua Roma, mientras se excavaban y recreaban los antiguos monumentos de la ciudad, particularmente los asociados con Julio César y el primer emperador Augusto.»

«La historia de la visita de Hitler nos recuerda cuán intensamente explotó Mussolini los símbolos de la antigua Roma y sus autócratas. Su propia «marcha sobre Roma» en 1922 emuló la de Julio César al inicio de la guerra civil en el 49 a. e. c., aunque en vez de marchar por la península italiana, Mussolini cogió el tren. Además, a través de su maquinaria propagandística, el haz de varas, fascas, que había sido el símbolo de la autoridad del Estado romano antiguo, quedó irrevocablemente vinculado a causas «fascistas» de la extrema derecha [...].»

«Muchas de las grandes atracciones turísticas de la ciudad fueron excavadas bajo el patrocinio de Mussolini con ocasión de aquella visita y mostradas a Hitler por Bianchi

Bandinelli. Es más, todavía seguimos viéndolas a través de los ojos de Mussolini y de los de sus arqueólogos y restauradores: ya sea la disposición del Altar de la Paz, que en realidad fue extraído de su ubicación original para que estuviera junto al mausoleo, o el muy fotografiado templo circular de Vesta en el Foro [...]. No hay manera de que podamos erradicar en la actualidad la visión de Mussolini. La estructura de la Roma «clásica» es, en parte, una creación fascista.»

Voces radicales

«Tanto la Revolución francesa como la de los Estados Unidos reclutaron los símbolos de libertad de la antigua Roma para su causa. Marianne, el icono de la República francesa y diosa moderna de la libertad, iba equipada con los fasces 150 años antes de que Mussolini se apoderara de ellos para el «fascismo», y, para conmemorar la liberación del pueblo de una monarquía despótica, se la representaba habitualmente portando el gorro rojo especial que los romanos daban a los esclavos liberados.»

«Muchas de las primeras banderas sindicales, por ejemplo, exhibían la figura de Hércules para representar la lucha del movimiento obrero contra la explotación capitalista. Por otro lado, en oposición a los supremacistas, podemos alinear a numerosos revolucionarios con amplios conocimientos de los clásicos. El tema de la tesis doctoral de Marx era, después de todo, la obra del antiguo filósofo griego Epicuro. Los compañeros activistas negros de Angela Davis, Eldridge Cleaver y Bobby Seale, dedicaron mucho tiempo a la filosofía platónica. ¡Ojalá hubiera sabido esto a comienzos de la década de 1970!»

«Recientemente, estas voces radicales han quedado sofocadas por el ruido de quienes reivindican los símbolos de Grecia y Roma para la extrema derecha. También han quedado ahogadas por el ruido ensordecedor de los pertenecientes a la «tropa de quemarlo todo», que, al denunciar la apropiación de los clásicos por parte de racistas, fascistas, imperialistas y demás, les dan aún más visibilidad. Sin embargo, uno se pierde un montón de cosas acerca del papel de los clásicos en el mundo moderno si no presta también atención a sus aspectos radicales.»

La buena noticia

«Los clásicos no pertenecen a ningún bando. Pueden ser politizados, correcta o erróneamente, pero intrínsecamente no tienen ninguna política. Una vez me ridiculizaron por decir algo parecido a esto en una conferencia de clasicistas profesionales que asumieron que yo, en el mejor de los casos, estaba exonerando ingenuamente el mal uso de los clásicos, y en el peor, participando en ello. Pero lo dije en serio. Aunque imagino que es obvio dónde residen mis simpatías, la antigüedad no es propiedad ni de la izquierda ni de la derecha. Eso es algo importante que tiene a su favor.»

«Esta clase de admiración miope por la Antigüedad clásica distorsiona los hechos, elige lo que le conviene del pasado y estropea gran parte de la emoción que los clásicos pueden ofrecer. Tan solo puede apuntalar una visión falsamente jerárquica de la cultura del mundo: lo clásico en la cúspide, todo lo demás debajo; Occidente vence al resto.»

La cuestión a resolver

«Para simplificar un poco la historia, cuando el latín dejó de ser la *lingua franca* de la vida intelectual y científica en Europa a partir de finales del siglo XVIII, gradualmente fue reconvertido en asignatura de exámenes académicos y en una útil herramienta de exclusión social.»

«Evidentemente, había algunas grietas en la armadura del prejuicio. Aquellos excluidos del aprendizaje del latín y el griego encontraron a veces la manera de adquirir dicha habilidad. En Gran Bretaña había una gran tradición decimonónica de «autodidactas» en la clase obrera: aquellos que se las ingeniaron, con la ayuda de algún libro de texto adquirido por suerte, para aprender por sí solos dichas lenguas. Hay relatos, por ejemplo, de un obrero de una fábrica, Albert Williams, que a principios del siglo XX aprendió latín y griego escribiendo con tiza las palabras que quería aprender en su maquinaria industrial (historias que se cuentan, hay que admitirlo, con una mezcla de admiración y condescendencia). Y, a ambos lados del Atlántico, las mujeres que aprendieron latín y griego en casa o en el instituto se convirtieron en activas traductoras de tragedias griegas. Todavía se conserva el ejemplar de Virginia Woolf de la tragedia de Esquilo *Agamenón* (en la que el rey Agamenón regresa de la guerra de Troya y es asesinado por su mujer y su amante), lleno de anotaciones detalladas.»

El “griego de una dama”

«A lo largo de los cincuenta años más o menos de mi carrera en clásicas, he reflexionado detenidamente sobre el impacto que estas exclusiones han tenido en mí y sobre cómo las mujeres han encajado (o no) en el mundo masculino de los estudios clásicos, especialmente en Cambridge, donde he pasado gran parte de mi vida laboral.»

«Por suerte para mí, mi carrera se cimentó en un colegio universitario exclusivamente femenino en Cambridge, Newnham. Allí, a partir del instante en que llegué como estudiante, el amor duro, a veces muy duro, de las profesoras veteranas y la conciencia de las batallas ganadas por nuestras predecesoras me infundieron hierro en el alma. La más icónica de todas fue Jane Ellen Harrison, una docente del colegio entre 1898 y 1922 y la primera mujer clasicista totalmente profesional de Gran Bretaña en el sentido moderno de la palabra.»



«Cuando yo estudiaba en la universidad, el 90 por ciento de los que cursaban los mismos estudios eran hombres (cincuenta años después es mitad y mitad). Dicho con mayor claridad, durante dos años de la década de 1980, fui la única profesora del Departamento de Clásicas de la universidad de entre unos treinta miembros más o menos (en el sistema un tanto arcano de Cambridge, el departamento universitario basado en asignaturas está totalmente separado de la facultad). Y no estoy hablando solo de mi constante vergüenza, por más patético que parezca, por lo que Elizabeth Barrett Browning habría calificado de «griego de una dama», sin acentos, o de mi inseguro control de los tecnicismos del verso griego y latino. Solo en los diez últimos años me he sentido lo bastante segura para convertir esto en un chiste o pedir abiertamente ayuda a mis colegas varones para leer en público poesía antigua y así asegurarme de que lo hacía bien.»

«Pero una parte vívida de mi recuerdo de la primera década aproximadamente como clasicista en activo es la sensación de ser un actor poco convincente que trata de imitar la voz de la autoridad en la materia, que para mí era siempre masculina. El resultado fue que la mayoría de las conferencias que daba eran, me temo, temas rígidos y poco naturales, por muy eruditos e informativos que fueran, en absoluto como Harrison.»

«¿Por qué no darme un poco de margen para escribir y hablar de otro modo? No puedo recordar ahora cómo lo hice exactamente, y son los demás quienes deben juzgar si me decanté por una retórica más femenina (eso es sin duda lo que parece). Pero por primera vez reconocí mi voz mientras daba clase. Me sentí con la fuerza de escribir lo que quería decir. Y cuando más tarde me veía en televisión, a veces pensaba que lo hacía bien, otras que no tanto. Pero me veía y me escuchaba a mí misma.»

4. EN DEFENSA DE LAS CLÁSICAS

La versión Browning

«Esta es una imagen del currículum de los estudios clásicos que refleja muchos de los clichés de la política y de la cultura popular. Porque tanto la asignatura como los profesores de clásicas proporcionan normalmente un cómodo atajo al conocimiento caduco, la mano fantasmal de la tradición inútil y de los métodos pedagógicos fenecidos. «¿De verdad queremos que nuestros hijos adquieran fluidez en lenguas y literaturas muertas cuando podrían estar actualizándose en programación y en inteligencia artificial generativa?», preguntan aquellos que no tienen ni idea de lo que ocurre en el aula de clásicas (o, ya puestos, de programación e inteligencia artificial generativa).»

«Me concentraré en los estudios clásicos, no entendidos como un encuentro general entre nosotros y la antigüedad, sino que ahondaré en su papel como materia académica tal como ha sido impartida y aprendida en los institutos y universidades desde el siglo XIX, que fue cuando se acuñó en Gran Bretaña la palabra «clasicista», en el sentido en el que la he estado usando. No es que antes no hubiera académicos y estudiantes expertos en lenguas y cultura clásicas. Claro que los había. Pero las clásicas como disciplina educativa, a menudo con C mayúscula, y con todo el bagaje que llevan encima, desde exámenes escritos hasta libros de texto por niveles, son producto de la década de

1800. Lo mismo ocurre con la mayoría de las asignaturas que hoy damos por sentadas, incluidos el inglés y la historia.»

¿El fin está cerca?

«Ya en el siglo II e. c., diligentes autores antiguos compilaron ingentes enciclopedias movidos por el temor de que todo aquel conocimiento pudiera estar al borde de la desaparición. Sería complicado encontrar, en cualquier época, a personas que afirmaran ser guardianas más eruditas y expertas en los clásicos que sus antecesores.»

«Todo esto no es ni remotamente nuevo. En 1903, Marion y Julia Kennedy, con su arduo trabajo en el *Primer* a sus espaldas, fueron de las primeras en ofrecer apoyo a una nueva organización creada para «salvar» las clásicas dentro del currículum de los institutos y las universidades en Inglaterra y Gales. Era la Asociación Clásica, que, como prueba de su éxito, todavía conserva su fuerza después más de 120 años. Esta asociación nació entre elocuentes llamamientos en revistas exclusivas, siniestras advertencias acerca de la barata popularidad de las lenguas modernas y una fanfarria de funestas predicciones sobre la total desaparición de las clásicas.»

Hechos y cifras

«Solo lamento que, quizás seducidos por su propia nostalgia, los clasicistas a menudo olviden celebrar, enérgicamente, el hecho de que están proliferando departamentos de clásicas por todo el mundo, y les va mejor que nunca. Más estudiantes cursan hoy esta materia en Cambridge que a finales del siglo XIX. Obviamente, son una proporción mucho menor de toda la población estudiantil de la universidad, pero las cifras brutas cuentan para algo.»

«Simplemente porque algo se enseñase en 1925, no significa que tenga el derecho divino de ser impartido en 2025. Sin embargo, la trayectoria general es clara. Hay algunas áreas de expansión (por alguna razón, la China continental ha visto crecer más nuevos cursos de lo que ellos llaman «clásicos occidentales» que cualquier otro sitio del mundo). Pero en total, el número de escuelas y universidades en las que se imparte la materia está disminuyendo, no creciendo. Y esto no es solo producto de la imaginación.»

«Aun así, no hace falta comprar ninguna teoría catastrofista para ver que, internacionalmente, a pesar de mi observación un tanto descarada de Cambridge, las matriculaciones no están aumentando. Y relacionados con esto están los recortes drásticos en la financiación para los estudiantes de doctorado y las opciones de carrera cada vez más limitadas (alias «desempleo») para los futuros profesionales de clásicas una vez completado su doctorado. Ahora parece totalmente cosa de otro mundo que a finales de la década de 1970 yo obtuviese un trabajo permanente en la universidad en el Reino Unido a los veinticuatro años, con mi doctorado (completamente financiado por el gobierno) todavía sin terminar. Y esto no ocurre solo con las clásicas, sino que es parte de la actual problemática de las humanidades, de las que las clásicas son un ejemplo particularmente notable y extremo.»

Un blanco móvil

«Pero, si nos centramos en el aula propiamente, los clasicistas profesionales a menudo olvidan que mucha gente desconoce qué es lo que enseñan exactamente o qué es lo que aprenden los estudiantes, por razones obvias. La palabra «clásicas» en el ámbito educativo es al mismo tiempo una abreviatura útil e imprecisa, pero, desde fuera, resulta una jerga un poco misteriosa, que oculta tanto como revela. Y difiere con el tiempo y el lugar. *Les études classiques* en Francia o *Altertumswissenschaft* en Alemania coinciden con el término *clásicas*, pero tienen diferentes historias educativas y no son idénticas.»

«En la actualidad hay un intenso debate sobre los límites geográficos de lo que se enseña bajo la rúbrica de «clásicas». Cuanto más se comprende el mundo clásico como una cultura híbrida que solo puede cobrar sentido en el contexto del mundo más allá del Mediterráneo, tanto más se quiere expandir el campo de lo que se enseña más allá del corazón de Grecia y de Italia (y más allá de los matices de superioridad «clásica» que lo acompañan). El antiguo Egipto sería un buen ejemplo. Era una importante provincia del Imperio romano y ha sido rastreado en busca de papiros documentales en griego y en latín que terminaron allí en la papelera. Sin embargo, todavía sigue siendo, en gran parte, marginal dentro del currículum clásico principal, con papeles secundarios para «romanos honorarios» como la reina Cleopatra. Sin duda debería ser principal.»

«Si queremos comprender (y enseñar) el surgimiento de las ciudades, por ejemplo, ¿no sería mejor si lo planteáramos a escala mundial, desde América hasta el Indo? Asimismo, ¿por qué segregar la poesía «clásica» de Grecia y Roma de los «clásicos» antiguos de otras culturas? ¿No se ganaría más, por ejemplo, estudiando la épica griega de Homero junto con la epopeya mesopotámica de Gilgamesh, compuesta mil años antes? En otras palabras, ¿por qué no desmontar la asignatura y crearla de nuevo siguiendo un patrón radicalmente diferente?»

Encuentros docentes

«Los clásicos no proporcionan, ni deberían hacerlo, ningún lugar donde esconderse, aunque a veces uno necesite apoyo para mirarlos a los ojos. Para eso están los profesores, no las advertencias de contenido.»

«Una de las tareas menos glamorosas, más engorrosas y absolutamente esenciales del trabajo de un profesor es contribuir a que sus estudiantes se doten del conocimiento y habilidades necesarios para que se les tome en serio. He dedicado meses, probablemente años, de mi carrera insistiendo y estimulando, ayudando a los estudiantes a que encontrasen sentido en los garabatos casi ilegibles de los grafitos romanos o a que descifrasen lo que decía un fragmento del brillante y tortuoso historiador griego Tucídides. Parte del objetivo era conducirlos más allá de su zona de confort intelectual y que trabajasen a fondo en lo que encontraban difícil (como recuerdo haber sido sacada también de mi zona de confort tantos años atrás). Fue un duro esfuerzo por ambas partes, pero también gratificante.»

Igualdad de condiciones

«El simple hecho de que los clásicos no pertenezcan a ninguno de nosotros los convierte en un espacio seguro en el que debatir sobre los temas más candentes a los que hoy nos enfrentamos, desde la raza hasta la violencia sexual y la identidad de género.»

«Es otro factor que se esconde detrás de la presión por extender las fronteras geográficas de los estudios clásicos fuera de los denominados territorios tradicionales de Grecia e Italia hasta el Asia occidental y África, y más allá. No se trata solo de ser capaces de enseñar mejor la conectividad entre culturas, sino que proviene del deseo de hacer más atractiva la asignatura (como a la mayoría de nosotros le gustaría) para un abanico de estudiantes más diverso. Dicho de forma más sencilla, si Egipto, por ejemplo, tuviera un papel más preponderante en la disciplina, podríamos animar a más estudiantes, además de los de ascendencia blanca y europea, a que se encontrasen a sí mismos en los clásicos.»

«El estudio de las mujeres en el mundo antiguo, por ejemplo, está surgiendo porque, más allá de los versos de Louis MacNeice, en las décadas de 1960 y 1970 algunas mujeres se molestaron en recordar a sus colegas varones que también ellas habían existido en las antiguas Grecia y Roma. Sin embargo, uno de los problemas de las clásicas, en el sentido más amplio del término, es que algunas personas poderosas, o aspirantes a serlo, hombres blancos, han fingido siempre que ellos sí podían verse en el mundo antiguo. [...] Nosotros no somos griegos antiguos. Quienquiera que seamos «nosotros», de dondequiera que vengamos, somos todos igual de extranjeros para las antiguas Grecia y Roma.»

Leer cosas difíciles

«[...] A lo que ella se refería era a que, tanto si se leía el original griego o latino como una traducción, los clásicos nos enseñan a lidiar con ideas que uno no comprende, de un mundo ajeno que nunca ha visitado; a ver cómo se pueden utilizar las palabras para ilustrar, agrandar, confundir y engañar, y a darse cuenta de que a veces hay que luchar con ahínco para comprender el significado. Vale la pena, pero el proceso puede provocar un inmenso dolor de cabeza: sin sufrimiento no hay ganancia. Evidentemente, esa competencia no la imparten solo los estudios clásicos (es imposible seguir un breve curso sobre la obra de Immanuel Kant o Jacques Derrida sin aprender cómo leer cosas difíciles). Aun así, en clásicas es un tema fundamental.»

«[...] «las clásicas enseñan a argumentar responsablemente con pruebas insuficientes» (la historia antigua exige siempre que nos enfrentemos a las lagunas que hay en lo que sabemos y que elaboremos una buena defensa); y «las clásicas enseñan a debatir constructivamente temas para los que no hay respuestas correctas o ni siquiera respuestas en el sentido habitual de la palabra» (la calidad de la poesía de Virgilio o los orígenes de Roma).»

«En un entorno global en el que se elude la verdad, se dan informaciones inexactas, se crean teorías conspirativas, noticias falsas y mentiras descaradas, las competencias relativas a leer cosas difíciles figuran entre las que el mundo más necesita. Parte de la

desinhibida misión de la educación en humanidades es celebrar y enfrentarse a la complejidad, no traficar con falsas simplicidades. Eso es lo que hacemos.»

Arma virumque cano

«No tengo ningún deseo en absoluto de volver al innecesario fetichismo lingüístico del pasado. Si el hecho de ser capaz de escribir versos o ensayos en latín y en griego hubiera sido un requisito para ser clasicista, entonces yo no lo habría sido. Me conformo con el «griego de una dama». Y no me interesa la pedante superioridad moral de aquellos que desprecian a las personas que leen traducciones.»

«No es que sean idiomas complicados en sí mismos. La gente corriente se comunicaba fácil y llanamente en estas lenguas. No obstante, algunos de los autores antiguos más interesantes hicieron de la dificultad su sello distintivo [...].»

«Otro de los ataques recibidos en las redes sociales se produjo justo cuando dije que algunos autores clásicos son muy difíciles de entender. «Mary Beard es un fraude total» era la frase típica de las respuestas más amables. «Confiesa que no sabe leer correctamente en latín ni en griego.» Pero mi argumento era que, aunque la lectura de algunos autores clásicos como Homero o Julio César no sea excesivamente difícil, no hay ningún autor antiguo que podamos leer con la misma comodidad y fluidez con que leemos una lengua moderna que dominamos bien. Y si somos honestos, algunos pasajes de determinados autores son casi intraducibles.»

«Siempre me han aportado mucho estas luchas con los textos originales, el ensuciarme las manos con la dificultad y compartir la experiencia con mis alumnos (la pregunta «¿qué demonios está diciendo?» solía ser el comienzo del debate). No ha habido una sola ocasión en que no haya aprendido más de este modo. Las palabras importan, sobre todo cuanto más se hurga. En el caso de Tácito, la tortuosa dificultad de su lenguaje es parte integrante de su brillante y tortuoso análisis de la corrupción del poder imperial romano, que queda totalmente destruido en las habituales traducciones al comprensible inglés.»

«Para mí, hay también una cuestión de poder. Leer completamente en traducción es ponerse inevitablemente bajo el total control del traductor o de un profesor que te dirá que una traducción es mejor que otra (pero no por qué), intermediando siempre entre el lector y las palabras del propio autor. No hay manera de responder. Uno no puede unirse a la conversación en igualdad de condiciones.»